

los Hohenzollern no llevan nunca más de una docena de camisas.»

Aunque Carlyle pasó el detalle en silencio, consta que Federico el Grande fué enterrado con una camisa dada por su ayuda de cámara, porque ninguna de las de Su Majestad era bastante decente.

No hay costurera en Berlín ni en Potsdam que desconozca la mezquindad de los ajuares de las princesas de Prusia. Cuando la emperatriz Victoria casó á sus dos hijas menores, hizo añadir al ajuar seis pares de pantalones negros para montar. Y al ser expuestos en el escaparate de una tienda de la capital, los famosos pantalones negros revolucionaron á la sociedad berlinesa.

El *trousseau* de la princesa Augusta Victoria era también mezquino.

Aparte de las enaguas blancas, indispensables para los trajes de corte, apenas tenía la ropa blanca necesaria para ponerse de una colada á la otra, y cuando viajaba, necesitaba con frecuencia recurrir á alguna lencería local, con asombro de los tenderos.

La modestia de su ajuar corría parejas con la de su carácter, y, consagrada á sus deberes de esposa y de madre, se contentaba con desempeñar en la corte su papel, bastante humilde, sin hacer uso de la influencia que ejercía sobre su marido, más que en las cuestiones domésticas y en la vida íntima.



#### CAPITULO IV

Guillermo I y Bismarck. - El heredero inmediato del trono. - Atentado contra el emperador Guillermo. - El príncipe Federico, teniente del reino. - Bismarck y sus servidores toman precauciones contra el futuro emperador. - Tentativa del príncipe Guillermo para suplantar á su padre, en connivencia con Bismarck. - Mortal enfermedad del kronprinz. - Una bofetada histórica. - El príncipe Guillermo en San Remo. - Famosa contienda entre médicos alemanes é ingleses. - Muerte de Guillermo I. - Proclamación de Federico III. - Violenta campaña contra el nuevo emperador y en favor del nuevo kronprinz. - Triunfo anticipado de Guillermo. - Breve reinado de Federico. - Un brindis del príncipe imperial. - Martirio y muerte del emperador Federico. - Principio del reinado de Guillermo II.

Pasaban los años, y el anciano emperador Guillermo I, después de haber vencido al Austria y á la Francia, parecía haber dominado definitivamente á la muerte.

Reinaba en la majestad de su gloria y de su senectud, y Bismarck, ahorrando á su amo y á sí mismo la fatiga de inútiles formas, gobernaba como si hubiese sido el soberano.

¿Qué pensaban la Prusia y la Alemania del heredero inmediato que envejecía al lado del trono?

La masa honrada del pueblo le quería porque era príncipe y porque había ganado batallas. Le llamaba cariñosa y familiarmente «nuestro Fritz,» y le veía bajo el aspecto de un héroe valiente, noble y bondadoso, que fumaba su larga pipa en pleno combate, siendo tan terrible para el enemigo como bueno para el soldado, á quien visitaba en el vivac y asistía en la ambulancia.

Durante la guerra francoprusiana, el príncipe Federico había ganado las primeras victorias en la frontera.

Desde las alturas de la margen derecha del Rhin, los badenses vieron el humo de los cañones de Wœrth: el humo alemán que avanzaba y el humo francés que retrocedía; y el kronprinz les libró del terror que inspiraban el nombre de Mac-Mahon y la fiereza de los *turcos* (1).

Federico mandaba los contingentes del Sur, y su solicitud para con las tropas, de que se hacía mérito en las cartas enviadas á las familias, conmovía á badenses, wurtembergueses y bávaros.

Después de la guerra, estuvo encargado de la inspección militar en los países de la Alemania meridional, donde, cada verano, recibía vivos testimonios de adhesión y afecto. «Vuestra Alteza Imperial, le dijo en 1871 el burgomaestre de Munich (la más particularista de las capitales alemanas), ha conquistado el aprecio de los soldados del Sur; nuestros corazones palpitan ardientemente por vos; todo desacuerdo ha cesado entre el Norte y el Mediodía.»

Aquella masa honrada sabía también que el kronprinz era un buen padre de familia, que «tuteaba á su mujer

(1) Soldados del cuerpo de cazadores indígenas, en el ejército francés de África.



GUILLERMO I, EMPERADOR DE ALEMANIA

en público,» y se complacía en mezclarse con el pueblo.

¿Pero qué pensaban de él los hombres de Estado, los inventores de la política que el príncipe aún no había servido más que en los campos de batalla? Estaban inquietos de aquel prolongado silencio, de aquella actitud enigmática, del aislamiento mismo en que tenían relegado al heredero de la corona.

En junio de 1878, el emperador Guillermo fué agredido por un regicida. Los médicos le ordenaron un reposo absoluto, y él descargó en su hijo el peso del gobierno.

El kronprinz tuvo entonces la satisfacción de dar la bienvenida á los plenipotenciarios del Congreso de Berlín, y les felicitó á su partida, por haber «asegurado la paz tan deseada por el emperador.»

Por él fué enviada al Reichstag la ley contra los socialistas, que era la contestación al atentado; pero, en un manifiesto, expresó la seguridad de que «la semilla funesta de que nacen los crímenes, no encontraría en una nación patriótica el terreno que necesitaba.» Arengando á los magistrados de Berlín, indicó el único remedio, en su concepto, eficaz contra las violencias de algunos: «Al buen espíritu de todos y de cada uno toca hacer que vuelva al derecho y al deber, á la moral y al respeto á la autoridad, la parte extraviada del pueblo, cuya educación insuficiente la hace incapaz de comprender las terribles consecuencias de las doctrinas predicadas por sus seductores.»

Días antes, el gabinete de Berlín había anunciado su reconciliación con la curia romana, y el príncipe continuó la correspondencia entablada entre el papa León XIII y el emperador Guillermo.

En una carta del 10 de junio de 1878, mantiene con firmeza los derechos del Estado y la independencia de la monarquía, pero termina con estas palabras: «No está en mi poder, y quizá tampoco en el de Vuestra Santidad, aplacar una querrela de principios que, desde hace mil años, ha turbado la Alemania más que ningún otro país; pero las dificultades que nacen, para una y otra parte, de ese conflicto transmitido por los antepasados, estoy dispuesto á tratarlas con un espíritu de conciliación y de amor á la paz, que dimana naturalmente de mis convicciones cristianas. Suponiendo que encuentre en Vuestra Santidad disposiciones iguales, conservo la esperanza de que, donde la inteligencia completa no sea posible, los sentimientos conciliadores de ambas partes abrirán á la Prusia un camino de paz, que no se cerró nunca á otros Estados.»

Bismarck refrendó este despacho, que fué indudablemente uno de sus actos políticos, pero contiene frases y sentimientos que no podemos menos de atribuir al príncipe.

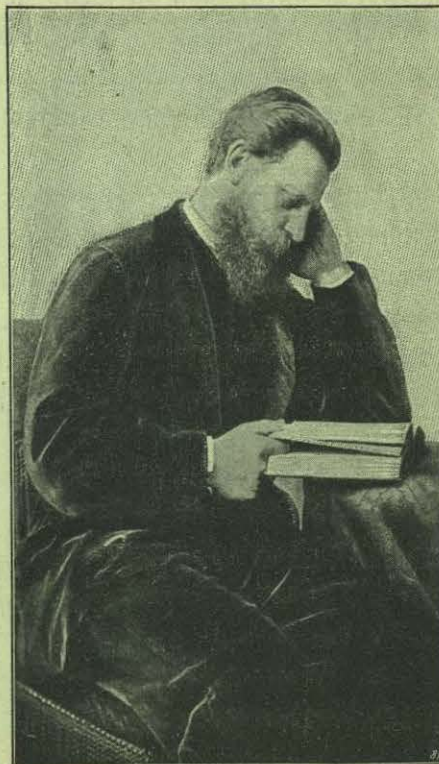
Cuando el emperador volvió á encargarse de la dirección del Estado, pudo dar las gracias á su hijo en una carta, que publicó, «por haber observado cuidadosa y fielmente sus principios.»

El kromprinz, sin embargo, con toda discreción y modestia, había puesto algo propio en aquella tenencia, dejando vislumbrar un espíritu que muchos estimaron peligroso.

En otras circunstancias, dejó ver la dirección que daría á su política, el día en que recogiese la sucesión de su padre.

«Rector magnífico» de la Universidad de Königs-

berg, pronunció, en el acto de revestir la púrpura académica, un discurso en que saludó la memoria de Kant, «cuyas doctrinas se han difundido mucho más allá de



El príncipe Federico

las fronteras de la patria alemana para alumbrar la tierra entera,» é hizo protestas de «amor y abnegación á la ciencia.»

Cada vez que se le presentó ocasión, el príncipe celebró la dulzura y humanidad de la paz, de «la hermosa paz, de la paz de oro,» como dijo en el acto de inaugurar la Exposición de Colonia.

Imagínese el efecto que semejantes discursos producirían en Bismarck y en sus servidores, que no tenían las obras de Kant por libros de cabecera, compadecían á aquel ideólogo, se agrupaban en torno del emperador, inquietos á la menor indisposición del anciano, y tomaban precauciones para el porvenir, dictando leyes que atasen al futuro monarca, cuyo advenimiento al trono temían.

Esto explica, hasta cierto punto, el peligroso paso que dió, años después, el príncipe Guillermo, cuando trató de suplantar á su padre haciendo exhumar de los archivos de Prusia, por la hábil mano de Bismarck, la supuesta ley, en virtud de la cual «ningún Hohenzollern atacado de una enfermedad mortal puede subir al trono.»

¿Quién era el autor de semejante ley, á que ya aludimos en uno de los capítulos anteriores?

Nadie ha podido averiguarlo. Lo cierto es que se habló de ella tan pronto como el *Reichsanzeiger* del 12 de noviembre de 1887 hubo declarado que la enfermedad del kronprinz era un cáncer.

—¡Mi marido no es ningún candidato á la muerte!— exclamó, llorando, la princesa Victoria, cuando el profesor Bergmann le explicó lo que se tramaba.

—Vuestra Alteza Imperial quisiera engañarse á sí misma—replicó el médico,—con dureza y crueldad, porque tememos que el mal proceda de la sangre de los Jorges.

Á estas palabras, la princesa no pudo contenerse y dió una sonora bofetada al imprudente doctor, diciéndole:

—¡Tomad... por vuestra baja insolencia!

Y empujó, con el pie, la puerta que separaba la antecámara del pasillo. De modo que Bergmann se encontró bruscamente echado de la casa, y desde aquel momen-



La familia del príncipe heredero Federico, en San Remo

to el único médico admitido en el cuarto del pobre moribundo fué sir Morel Mackenzie.

Esto ocurrió en San Remo, donde el príncipe Federico luchaba contra su mal. El sufrimiento, los ojos

que le miraban, las acaloradas discusiones de sus médicos, las informaciones de los periódicos, la resonancia que el acontecimiento tenía en el mundo entero, todo le hablaba de muerte. Él se resignaba, quejándose, sin duda, de no poder cerrar los ojos en paz. El tormento de su vida no menguaba ni en vísperas del trance supremo.

Llegaban de Berlín singulares mensajes; pero la princesa defendía á su marido contra los médicos alemanes y los mensajes berlineses, como si luchase sola contra la Alemania entera, y como si la enfermedad del príncipe fuese una batalla en que «la inglesa» disputaba palmo á palmo el terreno del enemigo.

En noviembre de 1887, el príncipe Guillermo hizo una visita á su padre, ya gravemente enfermo, en la *villa* Zirio. Su actitud chocó á todo el mundo. Manifestando un respeto lleno de tiesura para con el príncipe heredero, y una fría indiferencia con su madre, hizo á los médicos una porción de preguntas ansiosas y apremiantes, como si hubiese estado impaciente por saber cuándo reinaría.

El viejo emperador parecía llegar al término de su carrera; el que debía sucederle estaba atacado de un mal incurable, y ya un partido influyente ponía los ojos en Guillermo, cuya ambición era estimulada por Bismarck.

Inquieto, febril, el joven príncipe se agitaba en torno de la cama del enfermo; consciente de su próxima autoridad, pretendía imponer sus designios á todo el mundo, y hablaba en tono resuelto y en voz alta de lo que los suyos únicamente se decían en voz baja y llorando.

Al partir de San Remo, le dijo á la señora Zirio, dueña de la *villa* que Federico había elegido para residencia de invierno:

—Mi padre no tiene cura. No hay nada que esperar. Me vuelvo á Berlín, donde mi presencia es indispensable.

Y como una joven americana, que se hallaba presente, le preguntase, con esa desenvoltura que caracteriza á su raza:

—Entonces, me permitiréis que os diga: «Hasta la vista, *próximo* emperador?»

Guillermo contestó:

—Pues, ¿no se lo he de permitir, señorita?

Y, sonriendo, le estrechó la mano.

Después de la marcha del descastado príncipe, uno de los médicos de San Remo no pudo menos de exclamar:

—Ya no volverá, suceda lo que sucediere. Y me parece que ni su padre ni su madre lo llamarán.

Sin embargo, volvió, en la primavera siguiente, á la villa Zirio, donde pudo asistir á la famosa contienda de los médicos alemanes é ingleses que se disputaban el mérito de prolongar los días del paciente.

Su madre protegía abiertamente á sir Morel Mackenzie y á Howell. Él apoyaba á Bergmann y á Bramann. El recibimiento de que esta vez fué objeto, no contribuyó poco á irritarlo; y se volvió á la corte con sequedad en el corazón y rencor en el alma.

La muerte, que amenazaba en San Remo, hirió en Friburgo á un nieto del emperador, y luego, en Berlín, el 9 de marzo de 1888, al emperador mismo.

Contra lo que el canciller y su partido esperaban,

el príncipe heredero pudo partir de San Remo, sopor-  
tar las fatigas del viaje y llegar á Berlín en medio de  
una tempestad de nieve, para hacerse proclamar empe-  
rador.

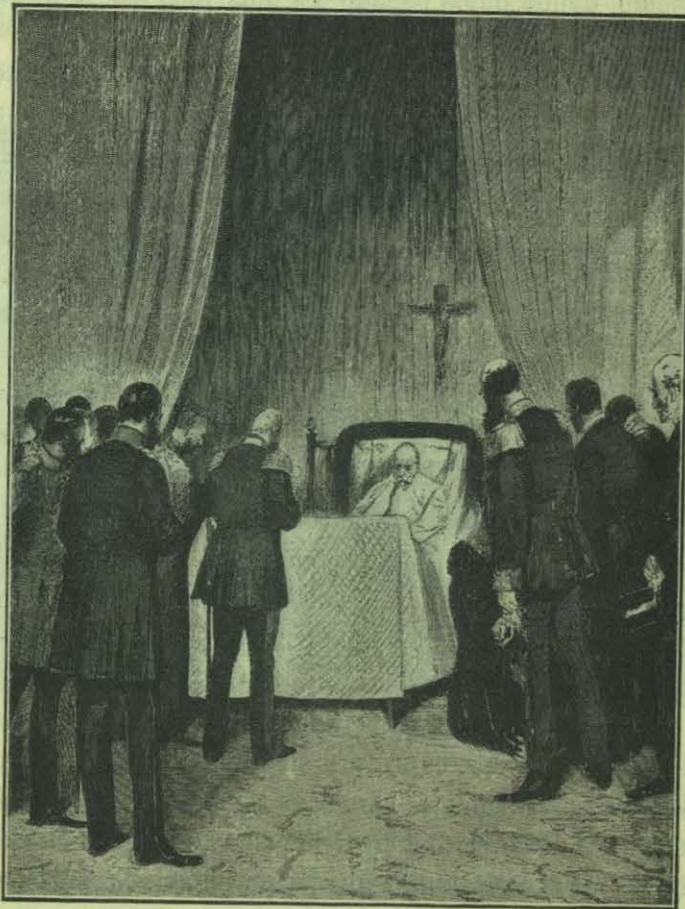
Aquella resurrección inesperada aterró á los que ha-  
bían creído que quien iba á suceder al viejo monarca  
en el trono era su nieto, «el soldado alemán», y no  
Federico, «el inglés.»

Entonces empezó una violenta campaña contra el  
nuevo soberano y contra la emperatriz, contra «la in-  
glesa,» á quien acusaban hasta de las enfermedades del  
príncipe Guillermo, so pretexto de que había transmi-  
tido á los Hohenzollern la sangre viciada de la familia  
de Hanóver.

El pueblo y la clase media aclamaban sinceramente  
al nuevo emperador y á la emperatriz. La aristocracia  
y el ejército no disimulaban su preferencia por el nuevo  
konprinz.

Éste permanecía neutral en apariencia. Pero su es-  
tado de alma se revelaba de mil maneras. Mientras su  
padre agonizaba en el castillo de Carlottemburgo, él se  
complacía en oír gritar con más frecuencia; «Viva el  
príncipe imperial!» que «¡Viva el emperador!» Él dejó  
que en un hospicio de huérfanos militares, un pastor  
pronunciase esta odiosa plegaria: «Puesto que Dios ha  
dado al emperador Guillermo I una muerte tan hermo-  
sa, pidámosle que ponga pronto término á los sufri-  
mientos del emperador Federico y fortifique la salud  
del príncipe imperial.» Más arrogante que nunca con  
su madre, la abandonaba á la cabecera del moribundo  
para ir á embriagarse de orgullo marcial al frente de  
sus tropas, haciéndolas maniobrar y desfilarse continua-

mente por las calles de Berlín al son de ruidosas cha-  
rangas y en medio de frenéticos hurras cuyos ecos  
cruels llegaban á la estancia en que su padre, en las



Muerte del emperador Guillermo I en 9 de marzo de 1888

convulsiones de la fiebre, sufriendo mil tormentos, ¡lla-  
maba á la muerte libertadora!

Quizá para huir de la pesadilla de aquel triunfo inso-  
lente y anticipado de su hijo, ó quizá simplemente para

terminar sus días en una residencia llena de gratos recuerdos, Federico III aprovechó una momentánea mejoría para hacerse trasladar á Potsdan, donde había nacido, donde había pasado los días más felices de su vida conyugal y donde pronto iba á morir.

El pobre emperador se había puesto inmediatamente en comunicación con su pueblo. La primera orden que dió fué la prohibición de reglamentar el duelo nacional. «Cada prusiano y cada alemán, decía, seguirá las inspiraciones de su corazón, sin consultar á la policía.» Siguieron los manifiestos: el que el nuevo monarca dirigía á su pueblo, la carta al canciller, los mensajes del rey de Prusia á las dos Cámaras de su Parlamento, y del emperador al Reichstag, la proclama imperial al Reichsland de Alsacia-Lorena, y, en fin, una orden al kronprinz Guillermo.

Estos documentos fueron generalmente leídos con la emoción propia de los espectadores de un gran drama, en que un hijo moribundo sucedía en el trono á su anciano padre, poniéndose bajo la invocación de su ascendencia y de los siglos.

En el lenguaje del emperador se encuentran los sentimientos que éste expresara siendo príncipe heredero. Quiere que Alemania, «honrada por el Consejo de las naciones,» sea «el hogar de la paz.» Indiferente al brillo de los grandes actos que proporcionan la gloria, se dará por satisfecho «si, más tarde, se dice que su reinado ha sido beneficioso para su nación, útil á su país y una bendición para el pueblo.» Respetará los derechos del pueblo alemán y los de los príncipes confederados. Dice á las Cámaras de Prusia que someterá su conducta á la Constitución del país, y declara al Par-

lamento de Alemania: «Tenemos la firme resolución de observar escrupulosamente la Constitución del imperio, de mantenerla, y de guardar, por consiguiente, los derechos constitucionales de los Estados federados y los del imperio mismo.»

Repudia las violencias del espíritu de secta y de par-



El emperador Federico III en el parque del palacio de Carlotenburgo

tido; declara amar igualmente á todos sus súbditos sin distinción de familia religiosa; quiere conciliar, en la paz social, los intereses rivales de las diferentes clases de la sociedad, y hacerlas concurrir, mediante el acuerdo de los derechos recíprocos, «á la prosperidad pública, que es la ley suprema.»

Para luchar contra el peligro social, cuenta con «una raza educada en los sanos principios del temor de Dios y en la sencillez de costumbres;» para gobernar, «con



la abnegación» de Bismarck y el concurso de «su consumada experiencia,» «con la colaboración unánime de los órganos del imperio, con la generosa actividad de la representación popular y de todas las autoridades, así como con la cooperación constante de todas las clases de la población.» Quiere vivir «en indisoluble unión con su pueblo,» ser «un rey justo y fiel, en la paz y en el dolor.»

Este lenguaje de filósofo cristiano era propio para conmover á los hombres, y los conmovió.

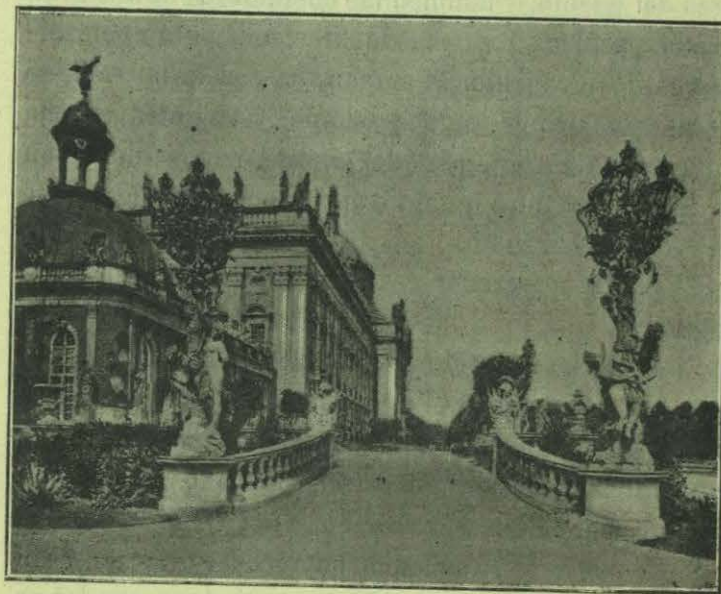
Otras palabras suyas produjeron en los corazones una emoción profunda; pero nada impresionó tanto como la triste grandeza del cuadro en que la sombra de la muerte se cernía sobre aquel justo.

Pero Federico III era un justo que se encontraba en la dolorosa situación de no poder reparar las grandes injusticias. Un sentimiento de gratitud lo ataba á Bismarck, y no era libre de sus acciones como jefe de Estado. «Mi querido príncipe, había escrito al canciller; al inaugurar mi reinado, es para mí una necesidad el dirigirme á vos, el primer servidor de mi padre, que en paz descansa en el seno del Señor. Habéis sido el fiel y animoso consejero que dirigió su política asegurando su éxito; yo y mi Casa os debemos una gratitud muy grande.»

Quizá la historia, atenta solamente «á las acciones brillantes que proporcionan la gloria,» olvide al segundo emperador de Alemania que, junto al mausoleo de Carlottenburgo, meditó conciliar el antiguo genio alemán con el genio prusiano, suavizando el áspero humor de Prusia. Quizá únicamente conocerá de nombre á ese filósofo retrasado que, á fines de un siglo en que

la filosofía enseñaba la necesidad del combate entre las razas y la legitimidad de la destrucción del débil por el fuerte, recordaba, con su espíritu evangélico, los derechos de la humanidad.

¡Qué sufrimientos los de ese desdichado emperador!



El nuevo palacio de Potsdam

¡Á los dolores físicos se unían los padecimientos morales; á los estragos del mal, una angustia perpetua! ¡Temer á cada instante que falte la respiración! ¡Ser emperador y no poder hablar! Todo lo que se escribía sobre su enfermedad, él lo leía. Por los periódicos se enteraba de las disputas de los médicos; disputas que versaban sobre las dilaciones que se podían esperar de la muerte.

Puede decirse que Federico III no llegó á reinar de hecho. Así es que nadie pudo saber cuáles eran sus ideas gubernamentales.

Sus manifiestos, llenos de nobles sentimientos, no son más que un programa de su buena voluntad. ¿Y cómo había de traducir en actividad sus intenciones? Para suavizar el rigor de la presente forma imperial, para infiltrar las instituciones nuevas en las costumbres del pueblo, y también las costumbres de una gran nación pacífica en aquellas instituciones puramente militares, para conciliar la monarquía con la libertad, se necesitaba tiempo, mucho tiempo, y voluntad, mucha voluntad. Á Federico le faltó tiempo. Y su voluntad, en la agonía que duró igual tiempo que su reinado, no fué más que resignación.

El pobre emperador no pudo hacer más que transigir.

Si se hubiese sentido con vida bastante para gobernar, el conflicto entre él y el canciller hubiera sido, probablemente, inmediato é irreparable. El emperador y la emperatriz hubieran tomado en sus manos el gobierno del imperio, y Bismarck se hubiese ido á cultivar sus fincas. ¿Y qué hubiera sucedido entonces? En Berlín, eran muchos los políticos que decían: «Si el emperador se se salva, todo está perdido.»

La vida pública empezaba ya á paralizarse. Notábase desorden en palacio; desorden en las administraciones; suspensión en los negocios; indisciplina en el ejército. Desencadenábase el odio contra la emperatriz Victoria.

Indudablemente el pueblo compadecía «al mártir imperial;» los corazones sencillos se conmovían al relato de sus sufrimientos; todos los soldados que habían combatido á sus órdenes y admirado su sencillez y su bondad, esperaban con impaciencia el periódico que traía noticias del enfermo; los liberales tenían todas sus es-

peranzas puestas en el emperador; los progresistas hablaban con respeto y con sincera simpatía de los soberanos; mas, por cima de la muchedumbre anónima y en frente de aquel pequeño grupo de liberales, estaba el gobierno del reino y del imperio, el canciller, los ministros, las Cámaras de Prusia, el Reichstag, el ejército, todo un mundo que contaba los días del emperador.

Bismarck estaba firmemente resuelto á defender su obra, y quiso que el público se enterase de la firmeza con que la sostenía.

El mismo día de Pascua, en que Federico III estuvo á punto de morir en el cuarto de su padre, se celebraba en el palacio de la cancillería del imperio el natalicio del canciller. Entre los convidados figuraba el príncipe imperial, quien, á los postres, pronunció un brindis que levantó gran polvareda en Berlín y en todas partes. El texto, después de haber sido publicado por un periódico, fué enmendado esencialmente, que bien lo necesitaba.

«El príncipe imperial, había escrito la oficiosa *Post*, levantóse y dijo que se le permitiera expresar, por medio de una imagen, el estado político y social del imperio en el actual momento.

Comparó el imperio con un cuerpo de ejército que ha perdido su comandante en jefe y cuyo primer oficial yace gravemente herido. En este momento crítico, cuarenta millones de verdaderos corazones alemanes, llenos de angustia, pero también de esperanza, miran hacia la bandera y hacia el que la lleva y de quien esperan la salvación. Ese portaestandarte es nuestro ilustre príncipe, es nuestro gran canciller. ¡Que marche delante

de nosotros! ¡Todos le seguiremos! ¡Viva el canciller!»

Varios periódicos oficiosos afirmaron que el emperador había aprobado las palabras de su hijo. Más bien es de creer que lloraría al leer estas líneas de la *Post*. Hasta los oficiales sintieron la crueldad de aquel brindis; porque si para el alma militar prusiana, el puesto de un soldado está en las filas, detrás del portabandera, para el alma humana, el puesto de un hijo está al lado de su padre gravemente herido.

*La Gaceta de la Alemania del Norte* se dijo autorizada para rectificar el brindis, y publicó este otro texto: «Para servirme de una imagen militar, dijo el príncipe Guillermo, nuestra situación presente es la de un regimiento que marcha al asalto. El coronel ha caído. El teniente coronel cabalga aún al frente, aunque gravemente herido. Entonces las miradas se dirigen hacia la bandera y el que la lleva alta y firme. Así es como Vuestra Alteza lleva la bandera del imperio. ¡Ojalá,—y este es el deseo más profundo de mi corazón,—podáis aún, durante largo tiempo tremolar muy alto esta bandera, en común con mi padre amado y respetado. Dios proteja al emperador y á Vuesra Alteza!»

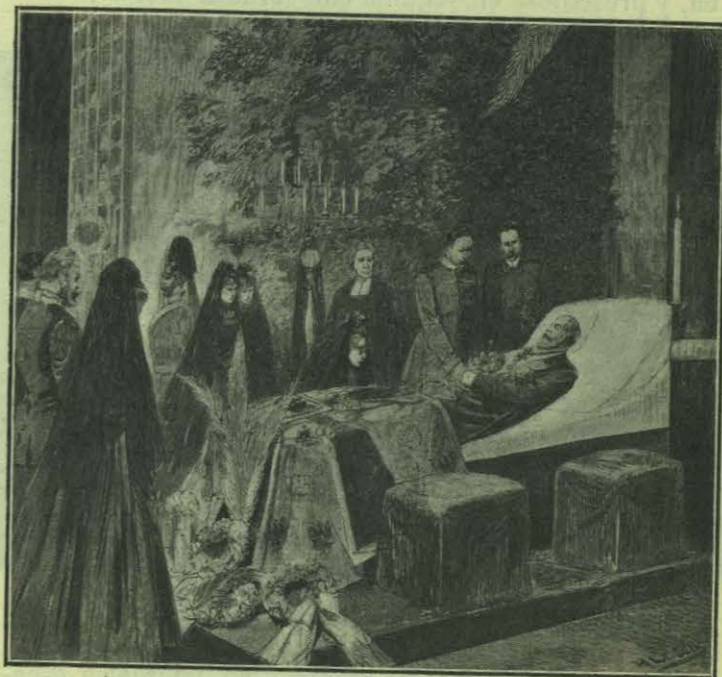
Esto ya era otra cosa. El herido aún se sostenía á caballo. Pero había que presentarlo próximo á sucumbir, y en aquella imagen de batalla se proyectaba toda la luz sobre el portaestandarte para tranquilizar á los inquietos.

El emperador vivía en medio de su pequeña corte, á la cual los berlineses llamaban la corte inglesa de Carlotenburgo.

La emperatriz se apresuraba á hacer de soberana: recibía algunas diputaciones, muy raras; contestaba á

diversos mensajes, muy raros también; corría, entre dos trenes, á llevar socorros á los inundados de las provincias del Este, y volvía al lado del enfermo.

De pronto la triste corte se trasladó á Potsdam. Este



El emperador Federico III en la cámara ardiente instalada en la galería de Jaspe del palacio de Friedrichstron

palacio de verano era la alegría y la gala de la austera realza de los Hohenzollern. Era también, para Federico y Victoria, ¡el recuerdo de los días felices de la juventud! Era el cambio de que se esperaba algún alivio, si no era la tumba elegida por el enfermo, que no cesaba de pensar en la muerte.

En Potsdam, el emperador se sintió más débil que en Carlotenburgo. Su memoria y su inteligencia se de-

bilitaban. Aún leía, y firmaba, sobre todo, en grandes caracteres lentamente trazados. Ya no se ocupaba de los negocios del Estado, que se hallaban en suspenso. La última crisis vino más pronto de lo que se esperaba, y presentóse en seguida con carácter mortal.



Sarcófago del emperador Federico III en Potsdam

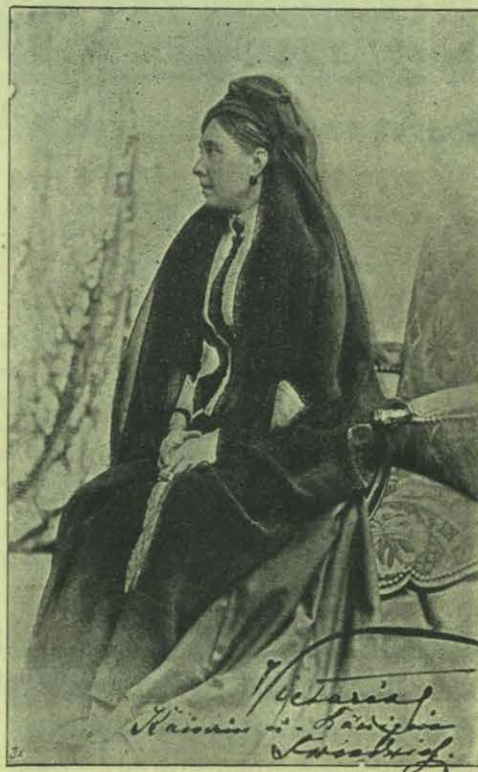
Hubo á la cabecera del enfermo las habituales escenas de dolor; pero, qué drama en la escena de la víspera, cuando el monarca puso la mano de la emperatriz en la del canciller, queriendo decir: «¡Somos vencidos, ella y yo; apiadaos de ella!»

El 15 de julio de 1888, Federico III acabó de morir, y todos los que habían temido su reinado ensalzaron lealmente la noble bondad de su vida y el heroísmo de su fin.

Sin embargo, dióse el gobierno tanta prisa en celebrar sus funerales, que el mundo oficial estaba impaciente por desembarazarse de aquel cadáver, y borrar

de la historia aquella sombra de rey con su efímero reinado.

En cambio, tan pronto como tomó en sus manos



La emperatriz viuda de Federico III

las riendas del gobierno, Guillermo II se rodeó de gran pompa.

Había imaginado hacerse coronar emperador de Alemania con una magnificencia oriental, con una solemnidad casi religiosa. Pero los Estados del imperio aún no se habían inclinado completamente bajo el yugo, y se le dió á comprender que era más bien emperador de